



Instituto Superior de Letras

Eduardo Mallea (A-1369)

Carrera:

**Técnico superior en la corrección de textos**

**Modalidad presencial**

**SABER Y EXPRESAR: REFLEXIONES ACERCA DE LA  
ESCRITURA Y LA CORRECCIÓN DE TEXTOS  
CIENTÍFICOS Y DE DIVULGACIÓN EN ARQUEOLOGÍA**

**Tutor/a: Osvaldo Beker y Adriana Santa Cruz**

**Autor:** Anabel Feely

**Fecha de entrega:** 21/11/2014

## **TABLA DE CONTENIDOS**

|  |           |
|--|-----------|
| <b>LA AVENTURA DEL CONOCIMIENTO, DE INDIANA JONES A LA PUBLICACIÓN CIENTÍFICA.....</b>               | <b>4</b>  |
| <b>DE TEXTOS, GÉNEROS Y DISCURSO ESPECIALIZADO .....</b>   | <b>6</b>  |
| <b>¿CÓMO TE EXPLICO? VISCISITUDES DE UNA DIVULGADORA INEXPERTA.....</b>                              | <b>10</b> |
| ARMANDO EL ESQUELETO Y SENTANDO LAS BASES .....  | 12        |
| CONSTRUYENDO EL PUENTE ENTRE REGISTROS .....   | 16        |
| <b>CARACTERÍSTICAS DE LOS TEXTOS DE INVESTIGACIÓN. CLAVES PARA SU REDACCIÓN Y CORRECCIÓN.....</b>    | <b>19</b> |
| ¿QUÉ ME HABRÁ QUERIDO DECIR? RECOMENDACIONES PARA CORRECTORES NO ESPECIALISTAS .....                 | 22        |
| EL CAMINO AL INFIERNO ESTÁ PLAGADO DE BUENAS INTENCIONES. COMENTARIO PARA EVALUADORES/EDITORES ..... | 26        |
| <b>CONSIDERACIONES FINALES: ¿CADA CARANCHO EN SU RANCHO?.....</b>                                    | <b>27</b> |
| <b>ANEXO.....</b>  | <b>29</b> |
| <b>REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS .....</b>  | <b>37</b> |
| LIBROS .....   | 37        |
| REVISTAS .....   | 38        |
| MANUSCRITOS INÉDITOS .....   | 38        |
| RECURSOS ELECTRÓNICOS .....  | 39        |

## ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1. Estructura del texto según su organización por títulos primarios y secundarios.....13

Figura 2. Esquema de la estructura de los artículos de investigación científica..... 21

## LA AVENTURA DEL CONOCIMIENTO, DE INDIANA JONES A LA PUBLICACIÓN CIENTÍFICA

En el imaginario popular, un arqueólogo es poco más que un aventurero, una persona que dedica su vida a desenterrar tesoros, saquear tumbas, luchar contra temibles enemigos e, incluso, hacer tambalear al Tercer Reich. De vez en cuando, esta persona dicta clases en la universidad. La imagen puede ser aún peor: un arqueólogo es alguien que se dedica a desenterrar dinosaurios, revivirlos y después luchar contra ellos. *Indiana Jones* y *Jurassic Park* han contribuido enormemente a propagar estas ideas (aunque hay que reconocer que la última noción, la de los dinosaurios, no surge directamente de la película). Sin embargo, nada más lejos de la realidad. Nada de *glamour* cinematográfico. Un arqueólogo es una persona que se dedica a estudiar el pasado a través de los restos que los hombres han dejado como producto de sus actividades cotidianas. Para esto, divide su tiempo entre los trabajos de campo, las interminables horas de laboratorio, las clases y lo que en la actualidad constituye una de las tareas fundamentales de la carrera de investigación: publicar sus resultados en la mayor cantidad de *papers* posible.

Publicar es el imperativo. Publicar o perecer.<sup>1</sup> Las exigencias son cada vez mayores y solo sirve hacerlo en revistas indexadas de alto nivel. En esta carrera desenfrenada, la publicación ha dejado de ser un instrumento al servicio de la investigación y se ha convertido en un objetivo en sí misma, con las consiguientes ventajas y desventajas que esta situación conlleva. Más allá del fraude científico o del “autoplagio” que esto pueda generar, en este ensayo me interesa reflexionar sobre otras particularidades de la transmisión del conocimiento científico relacionadas con la producción y corrección de los textos. Por un lado, la necesidad de publicar en revistas de alto impacto ha llevado a los especialistas a aprender a producir un tipo de artículo destinado a la difusión entre pares; pero esta situación, a su vez, ha conducido a que muchos arqueólogos dejen de lado lo que debería ser, a mi juicio, una tarea ineludible y éticamente obligatoria: la divulgación de sus conocimientos a un público amplio y lego (que hemos fracasado en

---

<sup>1</sup> "Publish or perish". Con esta rotunda afirmación ilustraba Phil Clapham (2005) la importancia que posee actualmente la publicación científica como complemento de toda investigación, podríamos casi decir de todo investigador.

esta tarea es más que evidente: la mayoría de la gente no solo desconoce cuál es la tarea de un arqueólogo, sino que, más grave aún, ignora casi completamente el pasado precolombino). En general, el especialista no conoce las herramientas necesarias para producir este tipo de textos de divulgación, por lo que falla al momento de redactar escritos comprensibles o adecuados al registro. Un segundo aspecto es que, afortunadamente, la necesidad de las revistas de publicación periódica de ser indexadas ha llevado a que muchas de ellas incorporen correctores para mejorar la calidad de los manuscritos. Si bien esto constituye un avance fundamental, los correctores no necesariamente son especialistas en arqueología, por lo que es necesario poner de relieve algunos aspectos sobre los cuales aquellos deberán prestar especial atención. Por último, el tercer punto es que, desafortunadamente, no todas las revistas de publicación periódica incorporan correctores y, muchas veces, estas tareas quedan en manos de evaluadores científicos o de un comité editor compuesto por arqueólogos, quienes no necesariamente tienen conocimientos suficientes para abordar la corrección (estilística)<sup>2</sup> del texto.

Las ideas que guían y organizan este ensayo son producto de mi experiencia en la redacción (resultado de más de dieciocho años participando de proyectos de investigación acreditados, ya sea como estudiante o como investigadora formada) y en la corrección de textos de arqueología (consecuencia de dos años de experiencia como correctora de la revista *Relaciones*, publicada por la Sociedad Argentina de Antropología). Estas ideas pueden resumirse en tres afirmaciones que iremos desarrollando a lo largo del texto: por un lado, un investigador no es necesariamente un divulgador; por otro, un corrector no es necesariamente un especialista y, finalmente, un especialista definitivamente no es un corrector de textos. En suma, lo que quiero decir es que se requieren distintas competencias<sup>3</sup> para redactar y corregir textos especializados de investigación y textos de divulgación científica en arqueología. Sin embargo, considero que estas competencias pueden ser adquiridas tanto por los

---

<sup>2</sup> Siguiendo a María Marta García Negroni y Andrea Estrada (2006) se hace esta distinción para diferenciar al corrector de concepto (en este caso el evaluador designado por el comité editorial, quien examina el contenido y la calidad “científica” y decide si el manuscrito es publicable o debe ser modificado) del corrector de estilo (es decir, quien corrige y mejora el original a nivel ortotipográfico, gramatical y léxico, teniendo en cuenta, además, las normas generales que impone la editorial desde su manual de estilo).

<sup>3</sup> Entiendo por competencias los saberes y conocimientos que cada uno posee en relación con diversos temas y objetos. Incluyen las competencias lingüísticas y paralingüística, así como las enciclopédicas e ideológicas (*sensu* Catherine Kerbrat-Orecchioni 1987).

redactores como por los correctores (aunque definitivamente las tareas de corrección de textos no deberían quedar en manos de personas no especialistas en el tema).

Este trabajo se divide en distintas secciones y subsecciones. En la primera se definen los principales conceptos teóricos que serán empleados a lo largo del ensayo y que permitirán caracterizar distintos tipos textuales dentro del género del discurso especializado. La segunda sección está destinada a los textos de divulgación científica: se presentan sus características y un ejemplo de redacción de este tipo textual; además, se enumeran y explican los distintos recursos empleados en esta clase de escritos. La tercera sección está dedicada a la caracterización de los textos de investigación y a los recursos empleados para su producción. También se presentan algunas consideraciones que un corrector no especializado en arqueología debería tener en cuenta en el momento de abordar este tipo de trabajos. La sección concluye con algunos comentarios que los evaluadores científicos deberían considerar mientras realizan su tarea. Por último, la cuarta sección presenta las reflexiones finales del trabajo.

## **DE TEXTOS, GÉNEROS Y DISCURSO ESPECIALIZADO**

Antes de adentrarnos en el desarrollo de las ideas específicas que guían este ensayo, considero pertinente definir algunos conceptos que nos acompañarán a lo largo del texto y que desembocarán en la definición del género de discurso especializado. Justamente, comenzaremos con la definición de *texto*: Guiomar Ciapuscio e Inés Kuguel, siguiendo distintas corrientes dentro de la lingüística textual, los definen “como productos verbales orales y escritos, que incluyen la dimensión estrictamente lingüística y las dimensiones funcional-comunicativas” (2002: 39). Producir o comprender un texto implica poner en juego variados sistemas de conocimientos interrelacionados: conocimiento enciclopédico (sobre el mundo), lingüístico (léxico y gramática) y sobre clases de textos. A su vez, no puede ser pensado sin el contexto que determina y

condiciona su aparición. De esta manera, el texto es unidad de lenguaje en uso, es una unidad semántico-pragmática.<sup>4</sup>

Ciapuscio (2008) afirma que los textos son siempre representantes de un género. Una distinción establecida en la lingüística textual es la que diferencia entre géneros discursivos (también llamados clases textuales) y tipos de texto. Los tipos de texto son formas textuales definidas por sus características internas (estructurales y gramaticales), resultado de una conceptualización que persigue clasificarlos en un sistema tipológico cerrado. En cambio, las clases textuales —término asociado conceptualmente con el de género, acuñado por Mijaíl Bajtín (1982) y, posteriormente, reelaborado y difundido en el ámbito de la lingüística aplicada especialmente por John Swales (1990)— se definen pragmáticamente según parámetros externos, es decir, contextuales (propósito comunicativo, rol y estatus del emisor y del receptor, tipo y modo de interacción). A diferencia de los tipos de texto, no constituyen un repertorio cerrado de formas, sino que los géneros están abiertos a los cambios sociales y culturales. Por lo tanto, se denomina géneros a formas de discurso estereotipadas, es decir, que se han fijado por el uso y se repiten con relativa estabilidad en las mismas situaciones comunicativas. Por ello, son reconocibles y compartidos por los hablantes, quienes los identifican sobre todo por su formato externo y por el contexto en que se suelen producir.

Dentro de este marco, es posible ahora definir el género del discurso especializado tal como lo hace Ciapuscio “los géneros del discurso especializado son tipos de textos más o menos estandarizados que se emplean para resolver tareas comunicativas regulares en los espacios de la creación y comunicación del conocimiento” (2008: 2).

El objeto *texto especializado* ha sido definido por diferentes investigadores y escuelas, y las diversas definiciones coinciden en señalar como determinantes el ámbito comunicativo y social en que estos textos se insertan, el carácter específico de la temática y sus usuarios privilegiados (especialistas). A modo de ejemplo, veremos algunas definiciones. Para Ricardo Guantiva Acosta y colaboradores:

La comunicación especializada puede ser entendida como el proceso mediante el cual se imparte o comparte conocimiento especializado; por ejemplo, la comunicación que se da entre un par de especialistas en algún campo de conocimiento no implica mayor esfuerzo cognitivo en cuanto al uso de

---

<sup>4</sup> AAVV (2012). *Gramática textual*, Buenos Aires, Ediciones Mallea.

terminología específica, caso contrario cuando se quiere hacer entre un especialista y el público en general (2008: 17).

Para Rosemarie Gläser, por su parte, el texto especializado consiste en:

...una expresión coherente y completa en una esfera social de actividad, que trata de un tema específico de una especialidad o estados de cosas, empleando recursos lingüísticos generales y específicos e incluyendo elementos visuales no lingüísticos opcionales que transmiten más información (por ejemplo, símbolos, fórmulas, gráficos) (1982: 2).

Esta segunda definición, general y abarcadora, permite incluir una amplia variedad discursiva dentro del campo, mientras que la primera hace hincapié en el grado de igualdad entre emisor y receptor, centrado en el uso de una terminología específica en contraposición al uso de una lengua general. Ciapuscio y Kuguel (2002) destacan que esta contraposición ha sido una de las preocupaciones tradicionales en este ámbito de conocimiento, en el cual pueden destacarse dos corrientes: por un lado, están aquellos que intentan establecer un corte nítido entre terminología específica y lengua general, por otro, están aquellos que postulan un *continuum*. Así, por ejemplo, Juan Sager y David Dungworth (1980) sostienen que el carácter especial de un texto está dado por la participación en la comunicación solo de especialistas, quienes han adquirido el conocimiento especializado a través de un aprendizaje o entrenamiento específicos. Esta visión excluye todas las modalidades de la comunicación de la ciencia en las que intervengan no especialistas y, aplicada de manera estricta, se ciñe a clases textuales privativas de un ámbito más especializado: artículos de investigación, ponencias, etc.

Según Alexander Sánchez Upegui (2011), la comunicación científica se estructura en cuatro subgéneros: 1) de investigación, 2) de divulgación académica, 3) de valoración o representación de otros textos, y 4) textos con fines de difusión oral del conocimiento y de la investigación que posteriormente se publican en revistas como las ponencias y conferencias. Esta posición representa las corrientes que sostienen una visión “amplia” y que postulan un gran ámbito discursivo en el que incluyen diversas modalidades de la comunicación, incluida la divulgación científica (Gläser, 1982; 1993; entre otros).



Si bien coincido con la visión propuesta por Ciapuscio y Kuguel (2002), en cuanto a que resulta muy difícil establecer cortes tajantes entre lo especializado y lo general, y que es preferible visualizar los textos especializados como un continuo con polos imaginarios que van de los más especializados a los más generalizados, me interesa focalizarme en un problema particular que radica en la adquisición de competencias para producir textos especializados. El conocimiento científico nace cuando es comunicado a otros; un conocimiento adquiere valor de “científico” (esto es de “verdadero” provisoriamente) cuando es sometido a la crítica y logra la aceptación de los pares; por lo tanto, la ciencia es una actividad eminentemente comunicativa, llevada a cabo por una comunidad que comparte no solo metas generales, sino también un procedimiento de trabajo común. Así como el conocimiento especializado se adquiere de manera voluntaria y a través de un aprendizaje explícito y formal, la competencia en la composición de este tipo de discurso también es adquirida, en general, a través de la práctica y de la participación e interacción con otros miembros de la comunidad académica y científica. Como resultado, tal como señalan Daniel Cassany y Helena Calsamiglia:

...la práctica discursiva científica adquiere un alto nivel de especialización: si bien la base de lengua general muestra un estilo neutro, económico y conciso, otros rasgos (como el uso terminológico, la organización textual pautada, o la combinación del verbo con lenguajes formales y códigos iconográficos —tablas, esquemas, figuras, etc.— para representar nociones y relaciones propias del pensamiento abstracto) conforman un estilo muy diferenciado y riguroso. El resultado final es un tecnolecto que solo resulta accesible a iniciados en cada disciplina y que se adquiere con un largo y meticuloso aprendizaje formal. Conocimiento y lenguaje especializado se hacen indisociables a través del modo escrito, que se convierte en el medio privilegiado de transmisión en journals impresos o electrónicos (2001: 174).

De esta manera, el investigador científico aprende a comunicarse con sus pares; sin embargo, no necesariamente aprende a divulgar su conocimiento a un público no especialista, es decir, un investigador no necesariamente sabe “traducir”<sup>5</sup> su conocimiento a un lenguaje general y accesible. Este es un problema con el que he tenido que enfrentarme personalmente.

---

<sup>5</sup> El término *traducir* en este contexto puede considerarse como equivalente al concepto de *transposición didáctica*, acuñado por Yves Chevallard en 1997 (entendido como un proceso por el cual se modifica un contenido de saber para adaptarlo a su enseñanza), o al de recontextualización empleado por Cassany, según el cual “los conocimientos construidos previamente dentro de la institución científica [...] se reelaboran para el conjunto de la comunidad de habla, para una audiencia leiga y masiva, heterogénea, con medios y propósitos diferentes, etc.” (2003: 69).

## ¿CÓMO TE EXPLICO? VISCISITUDES DE UNA DIVULGADORA INEXPERTA

Hace poco tuve que encarar una difícil tarea. La Dirección de Antropología de la provincia de Catamarca se comunicó con los grupos de investigación (arqueólogos y paleontólogos) que trabajan en dicha provincia y les pidió que redactaran un panorama general de sus investigaciones para publicar los distintos artículos en un libro de divulgación. La tarea era titánica por varios motivos. Por un lado, el Proyecto Arqueológico Chaschuil-Abaucán (PACH-A), dirigido por la Dra. Norma Ratto y del cual formo parte, viene desarrollando investigaciones en Catamarca desde el año 1996, por lo que el volumen de información generado es enorme. Por otro lado, es un proyecto multidisciplinario, que integra distintas líneas de investigación e incluye diversas disciplinas que abarcan las ciencias físicas y naturales. Además, dentro del aspecto puramente arqueológico, distintos especialistas estudian diversas materialidades (por ejemplo, cerámica, lítico, iconografía, arquitectura, fauna, restos óseos humanos, etc.) y los resultados, que se hallan en distintos grado de avance, deben integrarse en un argumento común.<sup>6</sup> No menos problemático fue el hecho de que no existieron demasiadas aclaraciones sobre el público al cual iba a estar dirigido el libro o que nos dieron diez días para preparar el manuscrito o, incluso, que este no podía excederse de cuatro mil palabras.

Con este panorama, la decisión del equipo fue: Norma haría un esqueleto general integrador y cada cual resumiría los resultados de sus investigaciones. Después a mí me tocaría la tarea de “adecuar el texto al registro”<sup>7</sup> (las palabras textuales fueron: “vos después lo arreglás”).

---

<sup>6</sup> Toda la bibliografía publicada dentro del marco del Proyecto Arqueológico Chaschuil-Abaucán puede consultarse en: [www.proyectopacha.com.ar](http://www.proyectopacha.com.ar)

<sup>7</sup> La categoría de registro de Michael Halliday (1994) es especialmente útil para abordar el estudio de los textos de divulgación ya que esta noción permite explicar los factores de situación que determinan sus características lingüísticas. En lo que refiere al *campo*, el discurso de divulgación debe explicar a la audiencia conceptos que han sido representados con términos unívocos, precisos y técnicos característicos de las distintas disciplinas. La divulgación como práctica discursiva implica, entonces, construir un puente entre dos registros, el especializado y el de la lengua común. Tal como destaca Clarena Muñoz Dagua (2010) el divulgador seleccionará los elementos conceptuales que considere relevantes en función de la valoración que hará del conocimiento del destinatario. En relación con el *tenor*, en las prácticas divulgativas se establece una relación asimétrica con respecto al saber entre el experto y el no experto. Tanto el emisor como el receptor tienen un mundo de referencias distinto. Finalmente, en cuanto al *modo*,

Retomaré el proceso redacción de este manuscrito más adelante, me interesa ahora volver a un punto fundamental ¿qué es la divulgación? Según Calsamiglia y Cassany (2001), en su representación más simple, es la actividad de hacer llegar un saber técnico o especializado a un público lego. En esta concepción, la tarea del divulgador consiste sencillamente en simplificar, reducir, sintetizar o ejemplificar el conocimiento inevitablemente elaborado con el lenguaje particular de cada disciplina. Dicha operación se entiende casi como el descenso o el trasvase de un contenido de un nivel de lengua elaborado, científico, técnico y culto, a otro más ‘bajo’, familiar y popular. De este modo, uno de los puntos relevantes consiste en dilucidar hasta qué punto la vulgarización de un determinado contenido implica o no pérdida informativa (devaluación, desvirtuación o banalización) del discurso original.

En una concepción más estrictamente lingüística, la divulgación también puede entenderse como una tarea de traducción o interpretación entre registros diferentes de un mismo idioma: entre el tecnolecto propio de cada disciplina y la variedad funcional más general, al alcance del público no especializado (Calsamiglia y Cassany, 2001). Mientras que desde una concepción discursiva y pragmática, la tarea de la divulgación consiste en recontextualizar en una situación comunicativa nueva un conocimiento previamente construido en contextos especializados (Ciapuscio, 1993; Calsamiglia, 1997; Muñoz Dagua, 2010; entre otros). En suma, la divulgación consiste en pasar de un ‘discurso primero’ (aquel en el que fue formulado el conocimiento) a un ‘discurso segundo’ (para su difusión) activando operaciones diversas de reelaboración que presuponen seleccionar lo relevante, resumirlo, reformularlo o expandir determinados aspectos no desarrollados en el primer discurso (Cassany, 2003).

Volviendo a mi problema particular, el texto divulgativo para la Dirección de Antropología de Catamarca, la primera versión del manuscrito<sup>8</sup> consistió en un *collage* desestructurado de resultados, en el cual la terminología fue el principal obstáculo, aunque no el único. Otro problema importante fue tratar de relacionar la complejidad del contenido evitando caer en las características formalizadas de la ciencia académica, tales como alto grado de nominalización, causalidad incrustada, léxico técnico, etc. Necesitaba estrategias que me ayudaran a salvar estos escollos, entonces, hice lo que

---

los medios para la divulgación son básicamente verbales, orales y escritos, y se transmiten a través de distintos medios (prensa, radio, televisión, medios electrónicos como, libros, videos, revistas, etc.).

<sup>8</sup> La versión final del manuscrito puede consultarse en el Apéndice.

hago habitualmente: recurrir a la bibliografía. En un texto de Clarena Muñoz Dagua<sup>9</sup> encontré lo que estaba buscando. Esta autora analiza la eficacia de ciertos mecanismos discursivos para la explicación de conceptos técnicos a un público no experto. A continuación presento un resumen de los principales recursos mencionados por esta autora a la vez que ilustro, mediante ejemplos, el proceso de redacción del texto de divulgación del PACH-A. Para organizar la exposición, primero voy a considerar algunos aspectos que tienen que ver con la organización y estructuración del texto en general y con la redacción de la introducción; posteriormente, encaro en profundidad la tarea de traducción de información primaria para confeccionar un texto en un lenguaje más coloquial, centrándome, en este caso, en los párrafos destinados al análisis de materiales líticos.

## ARMANDO EL ESQUELETO Y SENTANDO LAS BASES

Según Muñoz Delagua, un punto importante en la redacción de textos de divulgación es la delimitación sistemática de las partes del texto. Este tipo de escritos presentan una organización sistemática que va desarrollando paso a paso cada una de las partes. En su organización textual deben contar con prólogo o introducción, capítulos y apartados bien delimitados, además de gráficos, esquemas, mapas o figuras que refuercen la explicación.

Definitivamente este era un buen punto para comenzar. El texto especializado, en general, sigue una estructura formal bastante estandarizada que, con algunas variaciones, contiene resumen, introducción y objetivos, metodología, resultados, discusión y conclusiones (ver más adelante). Debíamos evitar caer en esa estructura pero, aun así, organizar el texto de una forma lógica y amena que le permitiera al lector seguir el desarrollo de las sociedades que habitaron el oeste de Tinogasta entre los siglos I y XVII de nuestra era. La estructura final se presenta en la Figura 1.

---

<sup>9</sup> C. Muñoz Dagua (2012) “Leer y escribir textos de divulgación científica: Un camino a la inclusión” [en línea] [consultado el 14/7/2014] Disponible en: <http://goo.gl/PRMZlj>

## EL PROYECTO ARQUEOLÓGICO CHASCHUIL-ABAUCAÁN: LA COMPRENSIÓN DEL PASADO DESDE EL PRESENTE

### A modo de introducción

#### Delineando la trama del proceso histórico regional

La inestabilidad ambiental y la pervivencia de los modos de vida de las sociedades del primer milenio: siglos I y XIII

La memoria y los paisajes sagrados: el Inca y las poblaciones locales. Siglos XIII y XV

El escenario social durante la conquista española: siglos XVI y XVII

#### Hilvanando el proceso histórico regional

Figura 1. Estructura del texto según su organización por títulos primarios y secundarios.  
Fuente: Elaboración propia.

El siguiente paso consistió en la redacción de la introducción. Deseábamos explicar el trabajo del arqueólogo desde una perspectiva antropológica y presentar los lineamientos teórico-metodológicos del PACH-A. Para hacerlo tuvimos en cuenta otros recursos de los textos de divulgación presentados por Muñoz Dagua que se detallan y explican a continuación:

- ✓ **Uso de elementos paralingüísticos:** es frecuente el empleo de paréntesis, entrecorillados, subrayados, cursivas, negritas, mayúsculas, etc., para resaltar, explicar o enfatizar en un concepto.
- ✓ **Uso de lenguaje más informal:** es recurrente la utilización de contracciones, giros idiomáticos y llamados de atención al lector, propios de un lenguaje coloquial, más familiar.

- ✓ **Estructuración sintáctica simple:** encontramos la integración de frases cortas que incluyen palabras de fácil comprensión, delimitadas por conectores y signos de puntuación que conducen poco a poco a una explicación amplia del concepto.
- ✓ **Recurrencia a explicaciones analógicas y metafóricas:** un recurso al que apela el divulgador es a las explicaciones analógicas, comparativas o metafóricas y a personificaciones que intentan adaptar los mecanismos de la realidad científica a la vida corriente. La metáfora es una forma recurrente para la explicación de conceptos especializados. Su presencia es reiterativa en el discurso de divulgación.
- ✓ **Uso de preguntas retóricas:** son un pretexto para atraer la atención del lector y para organizar el texto a modo de conectores temáticos. Sirven para mantener el hilo discursivo.

La aplicación de estos criterios, conjuntamente con un trabajo de reelaboración de conceptos teóricos, nos permitió construir un texto en donde se fusionan de manera didáctica y simple muchos conceptos y teorías de la antropología social (por ejemplo el concepto de cultura, de otredad, la teoría de la práctica, entre otros) y de la arqueología (el objeto de estudio, la antropología de la tecnología, la noción de espacio, entre otros) para explicar cómo trabajamos y cuáles son nuestros objetivos. A continuación presento, a modo de ejemplo, extractos de la introducción en donde se han aplicado algunos de estos criterios mencionados previamente. Así, Ratto y colaboradores afirman que:

Los humanos son seres gregarios por naturaleza. Las personas y los grupos entablan relaciones de distintos tipos y con variadas estructuras organizativas que permiten dar cuenta de la diversidad de organizaciones familiares, políticas, económicas y religiosas que conviven en “nuestro mundo actual” y que son producto de diferentes convenciones culturales. Estas relaciones implican valores, creencias y visiones del mundo particulares que definen distintos modos de vivir, de hacer y de habitar un lugar determinado.

Estos “escenarios” sociales, políticos, económicos y religiosos también existieron en el pasado, pero ya no tenemos con nosotros a “los actores sociales” que los produjeron, desarrollaron, usaron, significaron, valorizaron y modificaron a lo largo del tiempo. En todos estos procesos intervinieron “cosas” y es tarea del arqueólogo desentrañar las complejas relaciones entre los humanos y esas cosas para acercarnos a la comprensión de los modos de vida de las sociedades del pasado.

Esas “cosas” son objetos naturales o artificiales cuya entidad es real o abstracta, pero que siempre derivan de acciones sociales, es decir humanas. Sin embargo,

el límite o diferencia entre “lo natural” y “lo cultural” es propio de cada grupo social y no podemos proyectar hacia el pasado nuestra lógica occidental. En numerosos pueblos, las plantas y los animales están dotados de características humanas y la gente establece con estos organismos una relación de hermandad. Es decir que la separación entre naturaleza y cultura es propia del pensamiento occidental caracterizado por ser dicotómico, fragmentario y mecanicista.

Luego de advertir sobre los peligros de proyectar nuestra “visión del mundo”, de raíz occidental, a las formas de organización de las sociedades del pasado, nos proponemos presentarle al lector el proceso social, económico, político y religioso que tuvo lugar en el oeste tinogasteño (Catamarca, Argentina) durante los siglos I al XVII de la era (2014: 1-2).

Resalto el uso de elementos paralingüísticos (en este caso entrecomillado) para destacar aquellos términos sobre los cuales queremos hacer énfasis. Estas palabras, de uso común, básicamente son destacadas para poner de relieve las relaciones entre las prácticas sociales y la conformación de la identidad cultural. En el caso de “cosas”, el entrecomillado tiene una doble intención: por un lado, llamar la atención acerca de que todos los objetos que nos rodean nos dan información sobre un determinado modo de hacer, resultado y resultante de una determinada cosmovisión; por otro, poner de relieve la simplicidad del término ya que un arqueólogo jamás diría “cosas” sino que emplearía términos como artefactos y ecofactos (de la misma manera, nunca utilizaría el término piedra para referirse a una roca). En estos párrafos, también puede observarse el uso de un lenguaje informal, bastante alejado de la jerga arqueológica. En relación con la estructura sintáctica, si bien utilizamos frases un poco largas, considero que el uso de un lenguaje llano sumado a los conectores y a la puntuación, logra un texto cohesivo y coherente que permite su fácil lectura y comprensión.

También nos pareció didáctico y útil hacer notar la diversidad de organizaciones políticas, económicas, sociales, religiosas, familiares, etc., que existen en la actualidad para poder resaltar la complejidad y diversidad cultural que existió en el pasado. Esta comparación con nuestro “nuestro mundo actual” es un recurso al que apelamos para que el lector pueda incorporar una realidad cultural y cronológicamente remota con su experiencia cotidiana a través de la imaginación. Además, el uso metafórico de términos como “escenarios sociales, económicos y políticos” y “actores sociales” permite vislumbrar un pasado vivo, poblado por seres humanos con deseos, pasiones, amores y conflictos, es decir, la gente y sus prácticas, no simplemente cosas antiguas en vitrinas de museos.

Para terminar esta sección destaco que en otra parte del manuscrito planteamos una pregunta que si bien no es retórica, nos permite proponer una de las hipótesis del proyecto: la que señala las condiciones climáticas adversas como la causa de la pervivencia en nuestra región de estudio de determinadas prácticas sociales cuyo desarrollo presenta divergencias respecto de otros grupos del noroeste argentino. Así, Ratto y colaboradores se preguntan:

¿Qué factores contribuyeron o definieron que la gente reprodujera estas prácticas en el tiempo? No estamos aún en condiciones de contestar esta pregunta, pero es posible que el aislamiento producto de la inestabilidad ambiental jugara un papel importante (2014: 10).

Ya teníamos el esqueleto armado y habíamos escrito la introducción. Nos quedaba ahora traducir el resto de los contenidos.

## CONSTRUYENDO EL PUENTE ENTRE REGISTROS

La segunda parte del trabajo resultó más complicada, ya que implicó traducir los textos especializados, generados por distintos miembros del equipo, a un lenguaje comprensible para el público general. Tarea doblemente difícil porque, además, los fragmentos originales habían sido escritos por diferentes personas. A continuación presento solo un ejemplo de uno de estos segmentos en su versión original:

El análisis de los conjuntos líticos procedentes de sitios emplazados en distintos ambientes de ambas regiones [se refiere a los valles de Chaschuil y de Abaucán] indican la realización de actividades diversas. Los resultados dan cuenta que los contextos líticos de las sociedades del primer milenio presentan diferencias témporo-espaciales pero mantienen la implementación de estrategias expeditivas para los recursos líticos regionales, mientras que conservada para la obsidiana extrarregional.

Retomemos la consigna original. Cada especialista debía presentar un resumen de los resultados de sus investigaciones, sin irse por las ramas ya que la extensión del manuscrito era acotada. Este párrafo presenta en 58 palabras los resultados obtenidos en



una Tesis de Licenciatura sobre el estudio de instrumentos líticos (artefactos formatizados), desechos de talla (artefactos no formatizados) y materias primas regionales. La consigna se cumple ampliamente, sin embargo, dejando de lado los errores normativos que tiene la versión original, es un párrafo críptico y resulta incomprensible para alguien que no esté iniciado en la jerga y la teoría arqueológica. Ningún arqueólogo necesita una definición de lo que es una tecnología expeditiva o conservada en análisis lítico, pero nadie que no esté versado en el tema tiene una vaga idea acerca de lo que le están hablando.

Frente a este panorama, apelé nuevamente a Muñoz Dagua (2002)<sup>10</sup> en busca de ayuda. En este caso, me centré en los restantes recursos para la redacción de textos de divulgación que presenta la autora, los cuales resumo a continuación:

- ✓ **Uso mínimo de tecnicismos:** en general, los conceptos especializados y técnicos se tratan de definir o explicar la primera vez que se usan; en ese intento de definición se utilizan ejemplos o se recurre directamente a la comparación o a la metáfora.
- ✓ **Sustitución de tecnicismos con paráfrasis y reformulación de conceptos:** se dan explicaciones e interpretaciones de los tecnicismos mediante paráfrasis que amplían el texto, lo ilustran y lo hacen más claro con palabras de uso habitual que son comprensibles para todo tipo de público.
- ✓ **Redundancia en la información:** encontramos redundancia derivada de la posibilidad de que la explicación del concepto no quede clara.
- ✓ **Utilización de ejemplos:** son frecuentes los ejemplos que ilustran al lector no experto sobre el concepto o situación objeto de explicación.

Con estas ideas en mente encaré la corrección y reescritura (en caso de que fuera necesario) de los distintos segmentos que conforman el cuerpo principal del texto y que son el producto de los avances en los estudio de diferentes materialidades llevados a cabo por distintos investigadores. A continuación presento la versión final (revisada por la especialista en análisis lítico) del fragmento que vimos previamente y que será publicado en el trabajo de Ratto y colaboradores:

---

<sup>10</sup> Muñoz Dagua, C. (2002). *op. cit.*

El análisis de los conjuntos líticos implica el estudio de las herramientas confeccionadas en roca y de sus desechos de talla. Los resultados obtenidos sobre artefactos procedentes de sitios localizados en distintos ambientes de ambas regiones indican que estos fueron usados para realizar actividades diversas (caza, procesamiento de animales, molienda, corte, raspado, etc.). También permiten dar cuenta de la existencia de diferencias en los contextos líticos de las sociedades del primer milenio, tanto a nivel espacial como temporal.

Sin embargo, en los distintos sitios prevalece una tecnología expeditiva realizada sobre materias primas locales. En otras palabras, existió un aprovechamiento de las rocas de cada región para producir instrumentos según las necesidades inmediatas, los que eran descartados una vez que la tarea había sido cumplida. Además, se registró el uso de tecnologías conservadas para los artefactos de obsidiana. La obsidiana es un vidrio volcánico no local que fue aprovechado al máximo para hacer artefactos que fueron mantenidos y reciclados a lo largo del tiempo (2014: 7).

En este párrafo, se ha reducido el número de tecnicismos o bien se han empleado paráfrasis para explicarlos con palabras de uso habitual (por ejemplo, en el caso de las tecnologías *conservadas* y *expeditivas* y en la definición de *análisis lítico*). Asimismo, algunos conceptos han sido reformulados y se han incorporado ejemplos para ilustrar y aclarar algunas nociones (tal es el caso de la enumeración de las diversas tareas realizadas en los sitios, en donde se aclara que estas corresponden a actividades de caza, procesamiento de animales, molienda, corte, etc.). El mismo procedimiento se realizó con todo el manuscrito, que incluye distintos argumentos generados por arqueólogos especializados en distintas materialidades y por expertos de otras disciplinas (física, química, geología, etc.).

Como ya mencioné, este ejercicio de traducción de un texto de investigación científica —escrito por diversos autores— a otro, destinado a un público no especialista, no estuvo exento de dificultades. Los mayores escollos fueron la falta de especificación acerca de las características de los destinatarios, el escaso tiempo otorgado para la preparación del manuscrito y la limitación de la extensión del texto. Espero sinceramente que la versión final cumpla los objetivos previstos. De todas formas, para mí constituye un primer acercamiento a esta problemática, un punto de partida para empezar a aprender y desarrollar esta tarea que considero ineludible para todos aquellos que nos dedicamos a la investigación y que hemos estudiado en universidades públicas: la de popularizar y divulgar la información.

Hasta aquí he presentado las dificultades que se me presentaron al momento de divulgar y los recursos empleados para sortearlas. En la siguiente sección ahondo en un tema que me es mucho más conocido: las características de los textos de investigación, su redacción y corrección.

## **CARACTERÍSTICAS DE LOS TEXTOS DE INVESTIGACIÓN: CLAVES PARA SU REDACCIÓN Y CORRECCIÓN**

Anteriormente definimos los géneros del discurso especializado como tipos de textos más o menos estandarizados que se emplean para resolver tareas comunicativas regulares en los espacios de la creación y comunicación del conocimiento y que abarcan un continuo que va desde lo más especializado a lo menos especializado. Es decir, que la comunicación científica presenta diferentes tipologías textuales interrelacionadas entre sí, las cuales están determinadas por la finalidad comunicativa, los objetivos del texto, los perfiles de autor-lector, las características de la publicación y el contexto sociocultural.

En el extremo más especializado, encontramos distintos tipos textuales entre los cuales pueden destacarse los *artículos de investigación científica y tecnológica*, los de *revisión*, los *metodológicos*, los de *avance*, los *reportes de caso*, las *reseñas*,<sup>11</sup> entre otros (Sánchez Upegui 2011, 2012). Las diversas tipologías textuales académicas e investigativas tienen en común una serie de características discursivas propias de la comunicación científica que se caracteriza por:

---

<sup>11</sup> Describiremos brevemente la tipología de textos especializados de Sánchez Upegui. Así, el *artículo de investigación científica y tecnológica* es un informe escrito y publicado que describe de manera estructurada, clara, veraz y original resultados de un trabajo de investigación realizado mediante la aplicación de un método científico, de acuerdo con las características de cada disciplina. Por su parte, un *artículo de revisión* puede definirse como una investigación en la que los autores responden un interrogante y, en función de este, analizan y sintetizan la información para llegar a una conclusión. En un texto *metodológico* se presentan metodologías nuevas, discusiones (análisis crítico), explicaciones o modificaciones a métodos de investigación existentes. Por su parte, el *estudio de caso* presenta y describe los resultados de un estudio sobre una situación particular para dar a conocer las experiencias técnicas y metodológicas y el material obtenido. El *texto de avance* presenta los resultados preliminares de esa investigación. Finalmente, la *reseña* constituye un tipo textual de carácter evaluativo en el cual se valora de manera rigurosa y detallada la producción investigativa y editorial académica.

- ✓ Lenguaje planificado y elaborado que utiliza un registro formal.
- ✓ Marcas de despersonalización: uso de nominalizaciones (indagué, indagar, la indagación), metonimia, estructuras impersonales con infinitivo, uso de pasivas con se y ser, uso de la primera persona del plural con referencia genérica.
- ✓ Formas económicas en el uso del lenguaje: empleo de una terminología específica y precisa.
- ✓ Tendencia a mostrar algo ya realizado.
- ✓ Formas temporales restringidas: Verbos en presente de indicativo (excepto en la metodología que se escribe en pasado).
- ✓ Uso de marcadores discursivos estructuradores y reformuladores de información (en primer lugar, por una parte, de un lado, pues bien, en suma, en conclusión).
- ✓ Formas ritualizadas de inicio y cierre.
- ✓ Una estructura convencionalizada.

Respecto de este último punto, la estructura IMRyD o RIMRDC (Figura 2), es considerada como la forma más clara y concisa para presentar resultados finales o parciales de investigación y es la utilizada con mayor frecuencia en la producción de textos especializados.

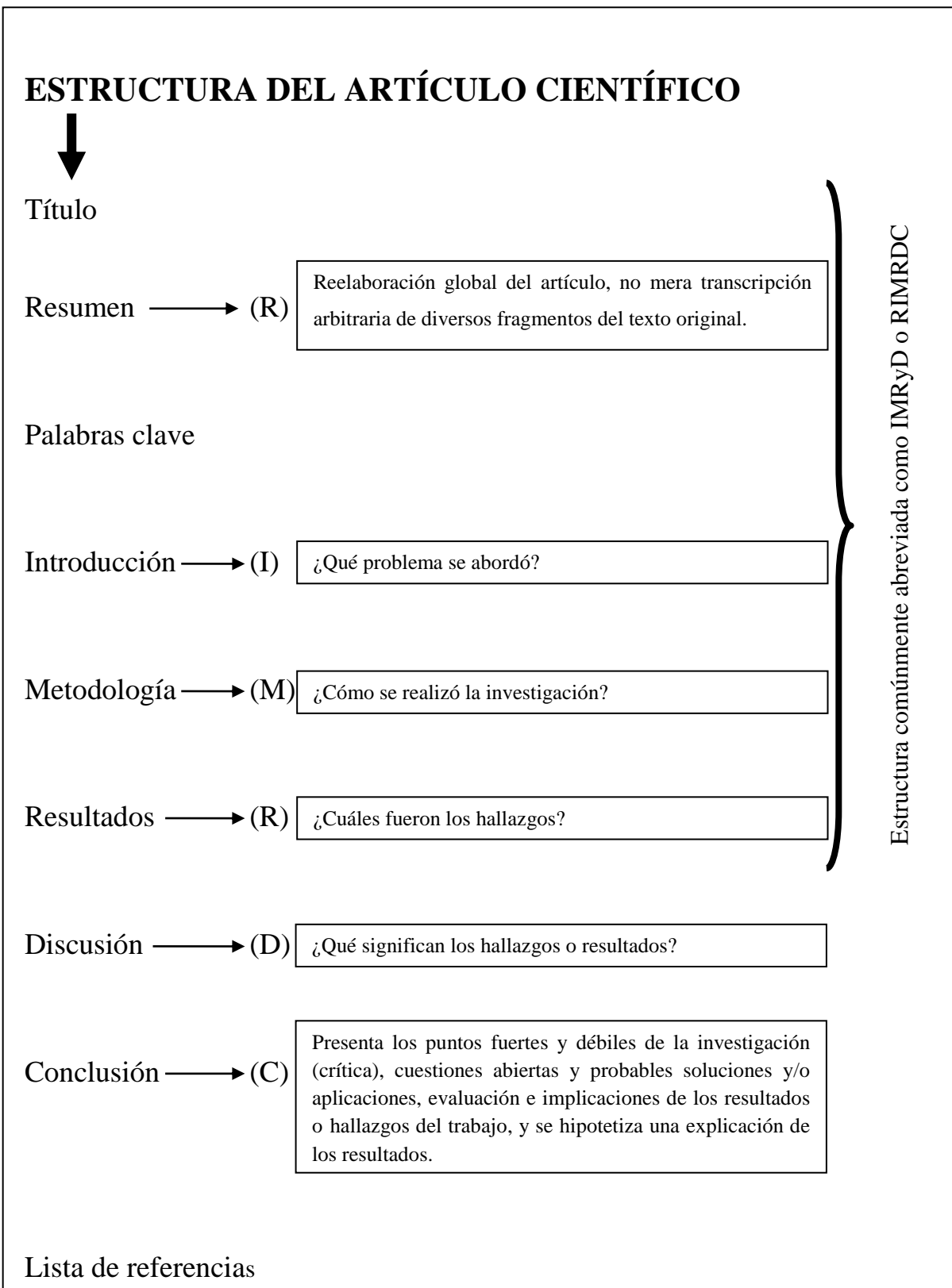


Figura 2. Esquema de la estructura de los artículos de investigación científica.  
Fuente: adaptado de Sánchez Upegui (2011, 2012).

Por supuesto, un corrector de textos académicos debe conocer en profundidad las características y recursos propios de este tipo de discurso. Sin embargo, existen otros aspectos que un corrector tiene que tener en cuenta cuando trabaja con un discurso especializado. En la siguiente sección abordaré este tema desde el punto de vista de la arqueología.

## ¿QUÉ ME HABRÁ QUERIDO DECIR? RECOMENDACIONES PARA CORRECTORES NO ESPECIALISTAS

En esta sección quiero detenerme en un aspecto que no debe ser descuidado por aquellos correctores que deseen trabajar con textos sobre arqueología: el del vocabulario. Cuando tratamos con un texto especializado, es frecuente encontrarse con términos técnicos o tecnicismos. Esto no debería ser un problema ya que los reconocemos apenas los vemos y sabemos que no tenemos libertad para modificarlos. Sin embargo, en arqueología se utilizan algunos términos que en principio pueden parecer “inocentes”, aunque que en realidad no lo son. Su aparente inocencia radica en que son palabras de uso común y frecuente, sin embargo, conllevan una fuerte carga teórica y su reemplazo por un sinónimo puede provocar un rotundo cambio de sentido a la frase y el consiguiente enojo del autor. Veamos solamente algunos de ellos a modo de ejemplo. Tomemos el caso de dos sinónimos tales como *desarrollo* y *evolución*. El primero no genera mayores dificultades. El *DRAE* lo define como “acción y efecto de desarrollar o desarrollarse”. Dos de las acepciones de desarrollar se ajustan a nuestro propósito: “suceder, ocurrir, acontecer, o bien, dicho de una comunidad humana: progresar, crecer económica, social, cultural o políticamente”. El segundo término resulta problemático ya que, independientemente de la definición del diccionario (“dicho de un organismo o de otra cosa: desenvolverse, desarrollarse, pasando de un estado a otro”), en arqueología este término tiene una fuerte carga teórica que se fundamenta en la biología y en la teoría de la evolución darwiniana y las distintas corrientes que la sucedieron (seleccionista, gradualista, de equilibrio puntuado, etc.), y forma parte de una corriente de pensamiento con la cual no todos los arqueólogos estamos de acuerdo. Sin adentrarnos en el porqué —que es en sí mismo una discusión

fascinante, pero que excede los objetivos de este ensayo—, baste decir que ningún autor no evolucionista estaría contento con este término.

Otro ejemplo lo constituye *tipo*. En estudios de arqueofauna y arqueobotánica este término tiene un uso específico derivado de la biología<sup>12</sup> por lo que resulta irremplazable por un sinónimo. Para el estudio de material cerámico, sin embargo, el término *tipo* hace referencia a una corriente teórica de principios del siglo XX, el difusionismo. Este partía de la definición de tipos cerámicos a modos de “fósiles guía” (teniendo en cuenta las características decorativas de las vasijas) para establecer secuencias cronológicas regionales, definir culturas arqueológicas e identificar contactos entre ellas, entre otros aspectos. A medida que se fueron desarrollando nuevas perspectivas teóricas, distintos intereses de investigación y técnicas analíticas más sofisticadas, el espectro de la investigación cerámica también se amplió abarcando diferentes aspectos sociales de su producción, distribución y uso. Sin embargo, si bien esta corriente difusionista ha sido superada y en la actualidad se están replanteando las cronologías originales, no existe un consenso acerca de la realidad que representa un tipo cerámico (es decir, si realmente refleja una identidad socio-cultural o no es más que una mera construcción del investigador —me inclino fuertemente por esta segunda—) y muchos autores preferimos construir circunloquios antes que emplear ese término (o en su defecto usar *clase*, *categoría* o *modalidad*).

Estos son solo dos ejemplos, pero la lista es extensa y abierta a modificaciones. Lo que quiero poner de relieve es que un corrector no especialista en el tema (en este caso arqueología, pero supongo que lo mismo aplica para otras disciplinas), si bien no debe abstenerse de emplear sinónimos cuando exista repetición de palabras, debe hacerlo cautelosamente pensando que algunos términos pueden tener un “significado oculto” y consultar con el autor para evitar malos entendidos y cambios en el sentido de las frases que, indudablemente, generarán malestar.

Otro punto que también debe tener en cuenta un corrector es que los arqueólogos (y supongo que esto es habitual en todas las disciplinas) solemos inventar palabras o darles un significado que estas no poseen, pero que termina aceptándose como válido. Un claro ejemplo es el tecnolecto *depositación* y sus derivados (*depositacional*,

---

<sup>12</sup> Se refiere a cada uno de los grandes grupos taxonómicos en que se dividen los reinos animal y vegetal, y que, a su vez, se subdividen en clases.

*postdeposicional*), de uso muy frecuente, casi obligado, en todo tipo de artículos. Este neologismo es el equivalente del inglés *deposition*, que se refiere al proceso mediante el cual un artefacto pasa de su contexto de uso a ser depositado en una matriz sedimentaria. Un hecho curioso, y desafortunado, es que muchos autores realizan una traducción del término como *deposición*, palabra que sí existe en el español, pero con un significado radicalmente diferente.<sup>13</sup> En estos casos, sugiero encarecidamente que el corrector modifique el término por *depositación*. Otro término curioso es *dietario*, que es empleado por todos los especialistas en arqueofauna, arqueobotánica y paleodieta. Este vocablo, cuya acepción según el *DRAE* es “libro en que se anotan los ingresos y gastos diarios de una casa” o bien “libro en que los cronistas de Aragón escribían los sucesos más notables”, es empleado con el significado de *dietético*: “perteneciente o relativo a la dieta”. Supongo que el error se debe a una traducción directa y no muy meditada del término inglés *dietary* o al hecho de que se tiende a asociar “dietético” con algo reducido en calorías o, incluso, a ambos factores. De todas formas, la expresión *dietario* tiene un uso tan extendido en arqueología que los autores no aceptan cambiarla por *dietético* por más razonable que esta corrección pueda parecerme.

Nuevamente, estos fueron solo algunos ejemplos dentro de una larga lista. El corrector deberá tener el tacto suficiente para preguntarle al autor si eso fue exactamente lo que quiso escribir o si, tal vez, medió algún error de tipeo. Nada que un buen corrector no pueda hacer.

Existe un tercer punto relacionado con la corrección del vocabulario: se trata del reemplazo de tecnicismos por sinónimos. Como hemos visto, algunas veces puede haber repetición de palabras debido a que no existen sinónimos “inocuos” con los cuales reemplazarlas; otras, esta monotonía puede deberse a pobreza léxica o simplemente a que el autor no revisó correctamente su escrito. En estos casos el corrector no especializado en arqueología corre con desventaja. Es probable que no sepa que *antiplástico*, *inclusión mineral*, *agregado* o *atemperante* son sinónimos válidos para referirse a la porción no arcillosa contenida en una pasta cerámica, o que *pucara* y *poblado fortificado* son equivalentes. Nuevamente, quiero resaltar que esto no es un impedimento, pero sí un hecho, y que la práctica en la corrección de este tipo de textos

---

<sup>13</sup> Entre otras acepciones del *DRAE*, “evacuación de vientre”.



y la interacción constante con el autor facilitarán notablemente el manejo del vocabulario especializado y, por ende, el trabajo de corrección.

Otro punto en el cual el corrector no especializado corre con desventaja es el caso de los errores de concepto. Por ejemplo, me tocó corregir un trabajo para la revista *Relaciones* sobre raspadores de vidrio y de gres de un sitio de la Patagonia en el cual se afirmaba que “el uso del vidrio para la manufactura de artefactos relacionados con ergologías cazadoras-recolectoras es evidencia, directa o indirecta, del contacto”. La frase llamó inmediatamente mi atención y entonces le pregunté al autor principal (cuyo nombre no voy a revelar por cuestiones de ética profesional) si en realidad no quería decir que “el uso del vidrio para la manufactura de artefactos relacionados con ergologías cazadoras-recolectoras **es evidencia de contacto directo o indirecto**”. Me contestó que efectivamente era la segunda opción. El significado de estas dos oraciones es completamente diferente (en el primer caso lo que resulta directo o indirecto es la evidencia, mientras que en el segundo lo es el contacto), pero un corrector no especializado no tiene por qué estar al tanto de estas sutilezas y, probablemente, este tipo de errores conceptuales le pasarán inadvertidos.

Quiero concluir esta sección con algunas reflexiones que valen para cualquier corrector de textos académicos y científicos, no necesariamente arqueológicos. Primero, quiero comentar algo que considero un error grave por parte de un corrector. Como ya dije, un corrector de estilo no es un evaluador o corrector de contenido y, por lo tanto, no debería tomar atribuciones que no le corresponden. Hace unos años presenté una nota para ser publicada en una prestigiosa revista de arqueología de la Universidad de Buenos Aires. La nota fue oportunamente evaluada y aprobada para su publicación, por lo cual pasó a corrección de estilo. En su devolución, la correctora me sugirió que definiera, en notas al pie, el significado de algunos términos que ella desconocía (recuerdo que uno de ellos era *arcillita*,<sup>14</sup> pero no recuerdo los otros). Por supuesto, la sugerencia fue desestimada ya que, dado el contexto de la publicación y el público al que estaba destinada, las aclaraciones resultaban innecesarias o incluso insultantes. Obviamente, este comentario es válido para cualquier corrector: al momento de corregir debe tenerse en cuenta no solo el texto, sino también el destinatario.

---

<sup>14</sup> En este contexto y frente a este público, no está de más aclarar que la *arcillita* es una roca sedimentaria.

Finalmente, deseo llamar la atención sobre una característica bastante común que he visto en algunos trabajos que me ha tocado corregir: los textos escritos en coautoría muchas veces constituyen un verdadero *collage* de secciones escritas por distintos autores, con diferentes estilos y con poca conexión entre sí. Es importante que el corrector preste atención a este aspecto para corroborar que el producto final sea un texto coherente. Lo mismo puede decirse con respecto a las correcciones que los propios autores hacen en función de las observaciones del comité evaluador. Aclaremos un poco el proceso editorial. Primero, el o los autores envían un manuscrito a una revista (en nuestro caso *Relaciones*); después, este manuscrito es enviado a dos (o tres) evaluadores quienes resuelven sobre la calidad académica del trabajo y deciden si el manuscrito es publicable tal cual está, debe ser modificado o directamente rechazado. En función del dictamen de los evaluadores, el o los autores modifican el trabajo. Es en este proceso donde pueden llegar a producirse problemas de coherencia ya que la corrección del manuscrito original puede tornarse un diálogo entre evaluador/autor, durante el cual el segundo contesta las observaciones del primero, sin tener en cuenta que el lector final no ha participado del debate. Nuevamente, es tarea del corrector prestar atención a las fallas en la comunicación que estos “duelos” suelen generar a fin de lograr textos coherentes.

#### EL CAMINO AL INFIERNO ESTÁ PLAGADO DE BUENAS INTENCIONES. COMENTARIO PARA EVALUADORES/EDITORES

Para finalizar, quiero dedicar unas pocas palabras a los miembros de los comités editoriales y a los evaluadores científicos. Mi experiencia como correctora de textos de arqueología me permite afirmar que no todos los investigadores (y me atrevería a decir que en realidad muy pocos) escriben correctamente. He registrado todo tipo de errores sintácticos, de concordancia verbal y nominal, mal uso de conectores, etc. Nunca dejaré de maravillarme el mal uso (y abuso) que hacemos los arqueólogos del gerundio: en prácticamente todos los textos he visto decenas de gerundios de posterioridad o con función atributiva. Estas son las razones por las cuales las revistas contratan correctores. En esta sección quiero ser breve y contundente. Pretendo, ni más ni menos, poner en

negro sobre blanco algo que he comprobado personalmente: así como un corrector de estilo no debe tomar las atribuciones de un evaluador de contenido, un evaluador no es un corrector de textos; es un investigador que, en general, acarrea las mismas falencias normativas que sus colegas. He tenido la oportunidad de leer muchas evaluaciones en las cuales aparecen sentencias del tipo: “No se escribe coma antes del verbo. Modificar en todo el texto”. Esta afirmación es solo parcialmente correcta: en algunos casos existe obligatoriedad de escribir coma delante de verbo (cuando el sujeto de la enumeración se cierra con *etcétera* o cuando inmediatamente después del sujeto aparece un inciso), por lo cual el resultado de la “corrección” normativa por parte de los autores suele no dar los resultados deseados. En un caso particular, un evaluador exigió a los autores que escribieran todo el texto en pasado (cuando, por norma general, se aplica el pasado a la metodología y los resultados se escriben en presente). El resultado fue verdaderamente desastroso y tuve que convencer a los autores para que aceptaran mis modificaciones porque “la palabra del evaluador es ley”. Otro evaluador pidió pasar oraciones a voz pasiva, cuando en realidad lo que quería pedir era que usaran oraciones impersonales. Para muestra basta un botón y esto son solo algunos ejemplos de por qué creo yo que los evaluadores deben abocarse a la tarea de evaluar el contenido científico del texto, enfocándose en las preguntas del cuestionario que remite el comité editorial, y dejar que el corrector de estilo haga su trabajo. Después de todo, lo que vale no es la intención.

## **CONSIDERACIONES FINALES: ¿CADA CARANCHO EN SU RANCHO?**

A lo largo de este ensayo hemos reflexionado acerca de las particularidades del discurso especializado, comenzando por las características y recursos de los textos de divulgación, los más generales, hasta llegar a los artículos científicos, los más específicos. A partir de estos aspectos, y teniendo en cuenta mi experiencia como arqueóloga y como correctora de textos, mi intención ha sido la de poner de relieve las distintas competencias que se requieren al momento de escribir y corregir manuscritos sobre arqueología. Retomo ahora las tres afirmaciones que guiaron y estructuraron el desarrollo de este trabajo: primero, un investigador no es necesariamente un divulgador; segundo, un corrector no es necesariamente un especialista y, tercero, un especialista no

es un corrector de textos. Considero que las tres afirmaciones son correctas, pero que las competencias se aprenden. Todavía estoy en la tarea de aprender a divulgar la arqueología. El ejemplo que presenté aquí sobre la difusión de los conocimientos generados por el PACH-A es un primer intento y soy consciente de que tiene muchas falencias: la falta de experiencia en estas tareas, la escasez de tiempo para generarlo y las pocas especificaciones otorgadas no facilitaron la labor. Sin embargo, me sirvieron para tener una primera aproximación a los recursos que pueden emplearse en este tipo de textos y tengo serias intenciones de dedicar tiempo y trabajo a la maravillosa tarea de dar a conocer al público en general nuestro pasado prehispánico. Con respecto a la segunda afirmación, considero que cualquier profesional de la corrección de textos es capaz de abordar un manuscrito académico de cualquier disciplina, siempre y cuando mantenga un diálogo respetuoso con el autor y consulte en caso de duda. Aquí solo he presentado algunos puntos que debería tener en cuenta aquel que se dedique a corregir trabajos de arqueología. La experiencia, sin duda, le otorgará los conocimientos y competencias necesarias para poder manejarse con soltura dentro de cada ámbito en particular. Creo que el diálogo entre el autor (que a su vez es un evaluador en potencia) y el corrector permite que ambos adquieran competencias pertenecientes a los respectivos campos. Justificar por qué se modifica un gerundio mal utilizado o por qué se reemplaza “el mismo” por algún demostrativo con verdadera función anafórica le otorga al escritor herramientas normativas que, seguramente, tendrá en cuenta en futuros escritos. Si tenemos éxito, incluso, evitará la corrección “incorrecta” por parte de colegas evaluadores.

¿Cada carancho en su rancho? Creo que sí, en el sentido de que es la tarea del arqueólogo dar a conocer sus conocimientos mediante la producción de textos escritos y orales (ya sea mediante artículos científicos o de divulgación), mientras que la tarea del corrector es corregirlos y la del evaluador, evaluarlos. Pero también creo que no, ya que un divulgador no necesariamente debe ser un científico (puede ser un redactor especializado, un periodista, etc.), un científico no necesariamente debe ser divulgador y un corrector no necesariamente debe ser arqueólogo: las competencias para desarrollar estas tareas se adquieren con la práctica. Al único carancho que prefiero en su rancho es al evaluador científico, a menos que destine el tiempo necesario para aprender lo que se requiere para corregir textos.

## ANEXO

### EL PROYECTO ARQUEOLÓGICO CHASCHUIL-ABAUCÁN: LA COMPRENSIÓN DEL PASADO DESDE EL PRESENTE

*El PACH-A (Proyecto Arqueológico Chaschuil-Abaucán) inició sus trabajos en el oeste tinogasteño de Catamarca (Argentina) a mediados de la década de 1990. Las investigaciones comenzaron en las tierras altas del valle de Chaschuil para luego ampliarse al valle de Fiambalá. Durante todo este tiempo, siempre contamos con la colaboración de los pobladores que habitan hoy día estas tierras. A lo largo de 20 años de investigaciones fueron prospectados distintas ecozonas y pisos altitudinales, se detectaron y documentaron sitios arqueológicos, se analizaron diversos materiales y se realizaron estudios paleoambientales. Compartimos con el lector el estado de nuestras investigaciones para dar cuenta de la fascinante historia regional de los últimos 2000 años.*

Norma Ratto, Martín Orgaz, Anabel Feely, Mara Basile, Irene Lantos, Luis Coll, Juan P. Miyano, Dolores Carniglia y Roxana Boixadós

#### A modo de introducción

Los humanos son seres gregarios por naturaleza. Las personas y los grupos entablan relaciones de distintos tipos y con variadas estructuras organizativas que permiten dar cuenta de la diversidad de organizaciones familiares, políticas, económicas y religiosas que conviven en “nuestro mundo actual” y que son producto de diferentes convenciones culturales. Estas relaciones implican valores, creencias y visiones del mundo particulares que definen distintos modos de vivir, de hacer y de habitar un lugar determinado.

Estos “escenarios” sociales, políticos, económicos y religiosos también existieron en el pasado, pero ya no tenemos con nosotros a “los actores sociales” que los produjeron, desarrollaron, usaron, significaron, valorizaron y modificaron a lo largo del tiempo. En todos estos procesos intervinieron “cosas” y es tarea del arqueólogo desentrañar las complejas relaciones entre los humanos y esas cosas para acercarnos a la comprensión de los modos de vida de las sociedades del pasado.

Esas “cosas” son objetos naturales o artificiales cuya entidad es real o abstracta, pero que siempre derivan de acciones sociales, es decir humanas. Sin embargo, el límite o diferencia entre “lo natural” y “lo cultural” es propio de cada grupo social y no podemos proyectar hacia el pasado nuestra lógica occidental. En numerosos pueblos, las plantas y los animales están dotados de características humanas y la gente establece con estos organismos una relación de hermandad. Es decir que la separación entre naturaleza y cultura es propia del pensamiento occidental caracterizado por ser dicotómico, fragmentario y mecanicista.

Luego de advertir sobre los peligros de proyectar nuestra “visión del mundo”, de raíz occidental, a las formas de organización de las sociedades del pasado, nos proponemos presentarle al lector el proceso social, económico, político y religioso que tuvo lugar en el oeste tinogasteño (Catamarca, Argentina) durante los siglos I al XVII de la era.

Nuestra área de investigación es muy extensa, aproximadamente 13.750 km<sup>2</sup>, y está integrada por dos regiones (Chaschuil y Fiambalá) que presentan alta diversidad de ambientes (valle mesotérmico, precordillera, puna y cordillera) y que se encuentran vinculadas por sendas naturales cuyo uso se registra desde tiempos prehispánicos hasta actuales (Figura 1). Consideramos que el tránsito por las vías de circulación a lo largo del tiempo fue fundamental en la construcción de una memoria, un conocimiento y un código compartidos, generados en el curso mismo de la experiencia de recorrer y habitar esos lugares.

Los contextos socio-históricos se sucedieron y/o se transformaron y generaron una multiplicidad de paisajes en donde se pusieron en práctica mecanismos de competencia, negociación y acuerdos para privilegiar intereses, imponer sistemas simbólicos y reforzar la cohesión social. Sin embargo, todas estas prácticas se desarrollaron dentro de un entorno físico

muy diferente a las condiciones ambientales que imperan en la actualidad. Es por esto que nuestro proyecto tiene en cuenta las relaciones que las personas mantuvieron con las dimensiones físicas, sociales y culturales de su entorno a través del tiempo y del espacio.

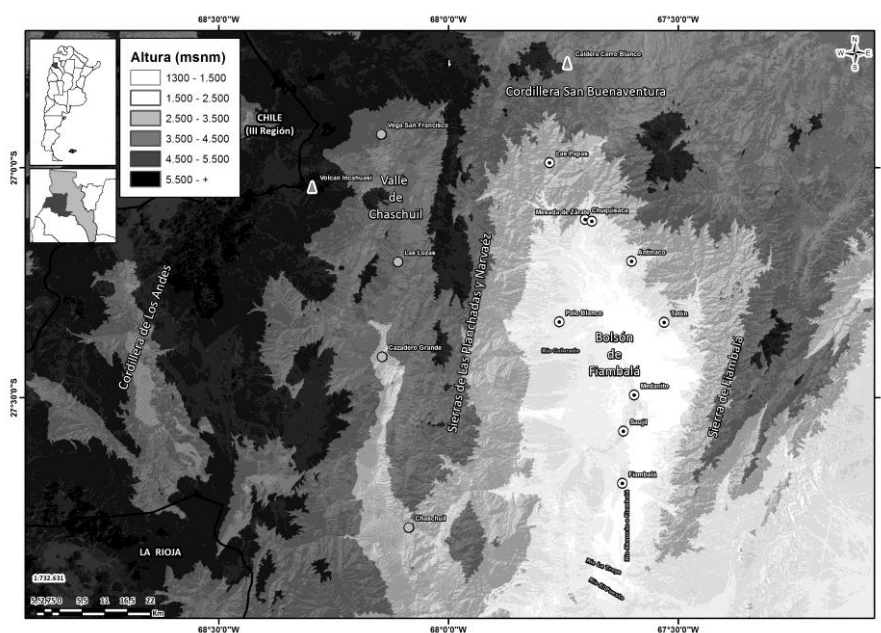


Figura 1. Localidades y parajes de las regiones de Chaschuil y Fiambalá en el oeste tinogasteño

Desde sus comienzos el proyecto encaró el desafío de comprender la dinámica socio-ambiental del pasado de un modo netamente interdisciplinario. El desarrollo y articulación de diferentes líneas de investigación (arqueológica, histórica, físico-química y de las ciencias naturales, más el uso de herramientas informáticas aptas para el análisis espacial –SIG–) nos permitió dar cuenta del proceso histórico y ambiental para un largo período de tiempo. La adopción de una escala espacial y temporal amplia posibilitó aprehender los procesos de cambio, tanto culturales como ambientales, e identificar qué prácticas pervivieron, cuáles se transformaron o se perdieron y cuáles fueron resignificadas en el tiempo y quedaron materializadas en objetos, restos, paisajes y en los lugares de la amplia región que estudiamos.

Largos años de trabajo articulando distintas líneas de investigación nos permiten afirmar que el oeste tinogasteño presenta algunas particularidades. Para dar cuenta de ellas nos focalizaremos en el desarrollo de tres temas:

- 1) El proceso social desarrollado entre los siglos I al XIII que da cuenta de la repetitividad en el tiempo de ciertas prácticas de las sociedades del primer milenio<sup>15</sup> y de procesos de inestabilidad ambiental.
- 2) El papel de la memoria como eje articulador de las relaciones entre el inca y las poblaciones locales.
- 3) El perfil arqueológico regional al momento de la conquista española a través de fuentes documentales de comienzos del siglo XVII.

<sup>15</sup> Denominamos sociedades del primer milenio a las formaciones políticas que gestaron el largo proceso sociocultural en los Andes que, a pesar de su amplia variabilidad espacial y temporal, fue consolidado en nuevas formas de obtención de alimento (agricultura y ganadería) que condujeron al crecimiento demográfico, al sedentarismo, a la incorporación de nuevas tecnologías y a la aparición de caseríos o aldeas, y en el cual imperó un bajo nivel de complejidad política. Aunque en el Área Andina Central el proceso se desarrolló entre los años 5.000 al 3.000 a.C, aproximadamente, en el noroeste argentino los distintos modelos de periodización lo ubican entre el 500 a.C al 1.000 d.C. con variaciones entre regiones, como el caso del oeste tinogasteño que perduró hasta el siglo XIII.

## **Delineando la trama del proceso histórico regional**

### *La inestabilidad ambiental y la pervivencia de los modos de vida de las sociedades del primer milenio: siglos I y XIII*

El ambiente es concebido como una entidad que se modifica y nos modifica constantemente ya que organismos y ambiente constituyen una unidad indivisible. Los estudios paleoambientales dan cuenta de fluctuaciones climáticas y de actividad volcánica explosiva y sísmica que ocurrió 4.000 años atrás. Estos eventos catastróficos arrojaron y depositaron grandes cantidades de materiales volcánicos sobre la corteza terrestre.

Con el tiempo estas grandes masas sedimentarias actuaron con otros agentes que las erosionaron y/o retransportaron y generaron modificaciones en la topografía y en la dinámica fluvial regional. Estos cambios afectaron e impactaron sobre las poblaciones del primer milenio, especialmente sobre aquellas asentadas en el fondo del valle de Fiambalá, y provocaron largos períodos de desocupación de los valles (siglos XI y XIII) y el movimientos de los pueblos hacia las tierras altas u otros valles extrarregionales.

Los grupos humanos que habitaron el oeste tinogasteño no tuvieron transformaciones económicas, sociales y políticas significativas, sino que se mantuvieron los modos de vida de las sociedades del primer milenio en las tierras altas aún avanzado el siglo XIII. Los resultados de las distintas líneas de investigación (producción, distribución y consumo de alfarería, objetos de roca y alimentos, los lenguajes visuales, la organización del espacio, entre otros) dan cuenta de la repetitividad de las prácticas por varios siglos. Diferentes pisos altitudinales de las regiones de Chaschuil y Fiambalá fueron habitados, incluyendo los fondos de valle, la precordillera, la puna transicional y la alta cordillera. Asimismo, también existió interacción con poblaciones de la puna sur y con los valles del oriente. Algunos de los resultados de las líneas de investigación desarrolladas y su interpretación son las siguientes:

- a) El análisis de la alfarería indica que algunos pasos de secuencia de manufactura, tales como el tratamiento de las materias primas –evidenciado en el agregado de distintos tipos de materiales a las arcillas–, registran diferencias en la distribución a nivel regional. Por su parte, otros pasos, que tienen resultados más visibles en el producto terminado –la técnica decorativa, el tratamiento de superficie y la morfología de las vasijas–, presentan una amplia distribución en ambas regiones. Estos resultados nos permiten sostener que los grupos que habitaron este amplio territorio entre los siglos I y XIII compartieron una determinada “forma de hacer las cosas”, independientemente de la diversidad de ambientes que habitaron, transitaron y articularon.

Los conocimientos técnicos se transmitieron a través de las generaciones conformando tradiciones de producción alfarera que reprodujeron las elecciones técnicas a lo largo de tiempo. La interacción entre individuos generó premisas y entendimientos compartidos que se desarrollaron a distintos niveles de inclusión social. Por un lado, la distribución regional restringida de algunos tipos de pasta alude a que las piezas fueron manufacturadas dentro de comunidades de alfareros. Por otro lado, la distribución regional de los rasgos más visibles de la alfarería (tratamientos de superficie, técnicas decorativas y morfología) da cuenta de la integración de estas comunidades dentro de redes más amplias de interacción que superan y traspasan a los grupos residenciales e interactúan regularmente compartiendo condiciones de existencia y tradiciones de producción.

- b) En las manifestaciones plásticas desplegadas en distintos soportes las personas expresaron sus preferencias visuales y configuraron una parte significativa de sus modos de ver y construir el mundo en que vivieron. El emplazamiento de las manifestaciones rupestres se restringe a distintas ecozonas de la región de Fiambalá, tierras bajas y altas, y está totalmente ausente en la región de Chaschuil. La mayoría de los grabados rupestres se emplazaron en soportes de alta visibilidad, en lugares de tránsito. Funcionaron como señalización en ciertos puntos particulares del paisaje y a lo largo de las sendas naturales que conectaron ambas

regiones en sentido este-oeste-este. En contraste, las manifestaciones desplegadas en cerámica conforman conjuntos de objetos que se utilizaron en distintos contextos: en las residencias de los vivos (aldeas y puestos) o en las de los muertos (tumbas y cementerios). En estos casos las imágenes se «fijaron» en objetos móviles que se manipulaban, se tocaban y se miraban de cerca.

El despliegue de una alta riqueza de imágenes grabadas (camélidos felinizados, figuras humanas, “cartuchos”, tridígitos, almenados, meandros, entre otros) en los soportes rupestres contrasta con la tendencia a la regularidad y la baja riqueza de las imágenes desplegadas en la alfarería (figuras felínicas, trazos lineales, angulares, figuras circulares) (Figura 2 y 3). Sin embargo, existe una unidad que reside en el uso de elementos, técnicas y tamaños similares para elaborar cada una de las imágenes. Interpretamos que esto es producto de la existencia de cierta homogeneidad en la forma de realizar estas manifestaciones por las sociedades del primer milenio que da cuenta de la existencia de una trayectoria en común, de la articulación dinámica y el diálogo entre las gentes que habitaron la región en el primer milenio.

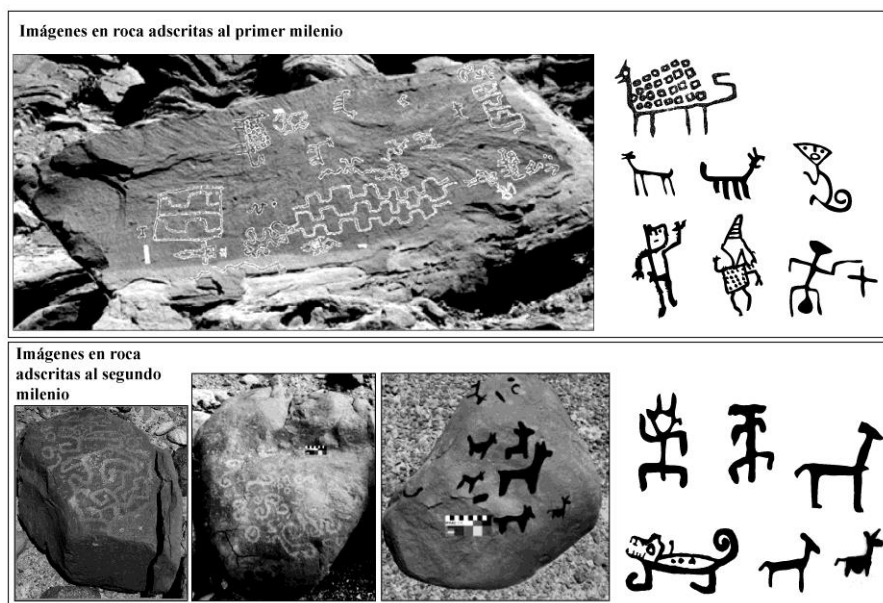


Figura 2: Ejemplo del repertorio de imágenes desplegadas en los soportes rupestres adscritos al primero y al segundo milenio

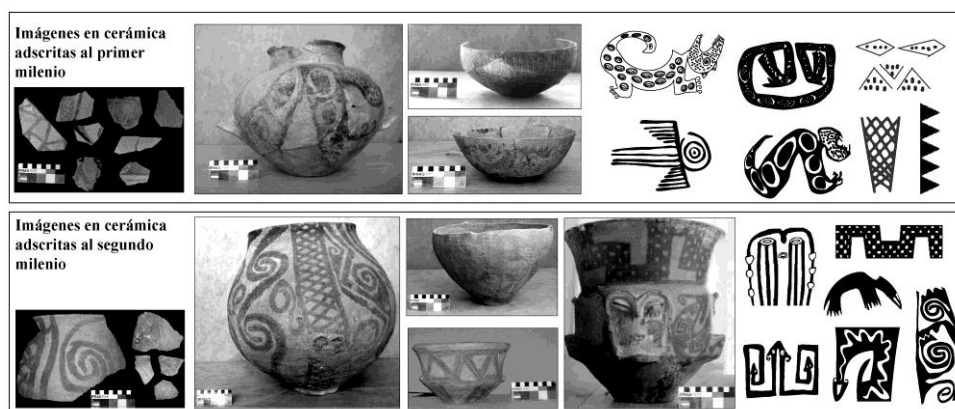


Figura 3. Ejemplo del repertorio de imágenes desplegadas en los objetos cerámicos del primero y del segundo milenio



- c) Los registros de restos vegetales dan cuenta del transporte de materiales de pisos pre-puneño y/o puneño hacia sitios emplazados en plena cordillera (5.000 msnm) donde fueron utilizados como combustible o para la preparación de paneles de techos y vigas de soportes. Por su parte, el registro faunístico indica que los camélidos fueron el recurso animal principal, especialmente el consumo de individuos jóvenes. Sin embargo, los análisis químicos de las grasas recuperadas en los enseres cerámicos dan cuenta de que hubo consumo de otros animales que no son camélidos. Otro dato importante es la pervivencia de la caza de camélidos por parte de sociedades cuyas economías estuvieron basadas en la agricultura y el pastoreo, como es el caso de la aldea de Palo Blanco donde existen evidencias del consumo tanto de llama como de vicuña. Además, se recuperaron restos de fauna (vicuñas) y de vegetales (chañar y algarrobo) en sitios emplazados en ambientes de los cuales no son propios. Estas evidencias refuerzan la idea de que existió integración entre las tierras bajas y altas durante el primer milenio.

Los residuos culinarios depositados en la cerámica (grasas, aceites y almidones) son el resultado de la historia de vida de cada una de las ollas, de las recetas que en ellas se prepararon y, por ende, de las decisiones y elecciones de cada grupo doméstico. La práctica culinaria más corriente fue la preparación de distintos tipos de guisos que combinaron ingredientes de origen animal (camélidos y otros) y vegetal (maíz, poroto, algarroba, entre otros). La relativa homogeneidad regional permite postular la ausencia de cambios marcados en las prácticas de consumo de alimentos a lo largo de gran parte del primer milenio, lo que da cuenta de la existencia de una cierta estabilidad en el acceso a los recursos alimenticios. Por lo tanto, consideramos que existió una fuerte transmisión y reproducción de prácticas, recetas y modos de hacer y consumir la comida por parte de las sociedades del primer milenio.

- d) El análisis de los conjuntos líticos implica el estudio de las herramientas confeccionadas en roca y de sus desechos de talla. Los resultados obtenidos sobre artefactos procedentes de sitios localizados en distintos ambientes de ambas regiones indican que estos fueron usados para realizar actividades diversas (caza, procesamiento de animales, molienda, corte, raspado, etc.). También permiten dar cuenta de la existencia de diferencias en los contextos líticos de las sociedades del primer milenio, tanto a nivel espacial como temporal.

Sin embargo, en los distintos sitios prevalece una tecnología expeditiva realizada sobre materias primas locales. En otras palabras, existió un aprovechamiento de las rocas de cada región para producir instrumentos según las necesidades inmediatas, los que eran descartados una vez que la tarea había sido cumplida. Además, se registró el uso de tecnologías conservadas para los artefactos de obsidiana. La obsidiana es un vidrio volcánico no local que fue aprovechado al máximo para hacer artefactos que fueron mantenidos y reciclados a lo largo del tiempo.

- e) Las viviendas en ambas regiones fueron edificadas en ambientes diversos para ser habitadas en forma permanente, temporaria o estacional. Además, fueron levantadas con técnicas y materiales constructivos diferentes (Figura 3).

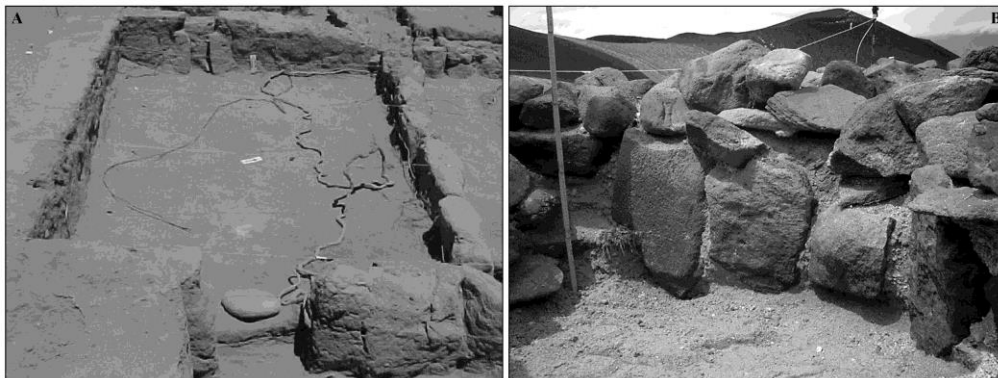


Figura 4: Diferentes técnicas y materiales constructivos utilizadas en el oeste tinogasteño a lo largo del primer milenio. A: muros de tapia (NH3 de la aldea de Palo Blanco, 1900 msnm) y B: colocación de rocas en cimientos y muros (Sitio Fiambalá-1, 5000 msnm)

Sin embargo, la organización del espacio tendió a favorecer la circulación dentro de estos lugares sin que se establecieran restricciones marcadas que segregaran lo público de lo privado. El análisis de los arreglos arquitectónicos de los sitios (es decir, su forma y tamaño) indicaron que existe diversidad en las geofomas de emplazamiento de los sitios, en las elecciones de las técnicas arquitectónicas (técnicas y materiales constructivos) y en las superficies de los asentamientos, pero se observó una similitud en la forma de organizar el espacio de los conjuntos arquitectónicos. Asimismo, es llamativa la pervivencia de los diseños arquitectónicos que en otras áreas del NOA alcanzan una cronología máxima alrededor del siglo X pero que en la región de Fiambalá están documentados en el siglo XIII.

*La memoria y los paisajes sagrados: el inca y las poblaciones locales. Siglos XIII y XV*

La visión de proceso histórico amplio sostenida por el proyecto posibilitó definir otra de las características de las regiones de Chaschuil y de Fiambalá: la reocupación por parte de los incas de espacios con historia previa que remiten a tiempos de las sociedades del primer milenio. Esta particularidad presenta características distintivas ya que se relaciona, por un lado, con el culto a los volcanes y con festividades en las tierras altas de Chaschuil y, por otro, con el uso de los barro (materiales arcillosos) utilizados para la producción alfarera y con el de los espacios agrarios productivos en la región de Fiambalá.

En este contexto, la memoria religiosa tuvo un papel central en la configuración de las estrategias llevadas a cabo por el incario en su relación con las poblaciones locales a partir del siglo XIII. Esta relación fue posible por la continuidad de la práctica del culto a los volcanes desde las sociedades del primer milenio hasta la presencia del inca y por la dimensión simbólico-religiosa que conllevó la apropiación de los lugares de extracción de materiales arcillosos del río La Troya y la legitimidad de su uso para la producción alfarera.

a) *El culto a los volcanes*: Hasta unos años no existía evidencia de sitios ceremoniales preincaicos emplazados en las altas cumbres andinas del noroeste argentino. Esta situación se revirtió con las intervenciones realizadas en el sitio Fiambalá1 ubicado en la cordillera de Los Andes en cota de 5.000 msnm (Figura 5). Este sitio fue interpretado como un espacio destinado a llevar a cabo actividades ceremoniales vinculadas al culto a los cerros, específicamente al volcán Incahuasi. Los incas hicieron uso de estos espacios sin realizar modificaciones en su arquitectura, edificada en tiempos previos, lo que pone de manifiesto la alta significación simbólica de los espacios apropiados por el incario e incorporados a su cosmogonía.



Figura 5: Paisaje de emplazamiento del sitio Fiambalá1 (5.000 msnm) al pie del Volcán Incahuasi (6.638 msnm)

b) *Uso de materiales arcillosos del alfar de La Troya*: Distintas líneas de evidencia dan cuenta de la reutilización de este alfar por parte de los grupos sociales del primer milenio y por el incario. Los recursos minerales en los Andes pertenecen a un espíritu local, por lo cual, el permiso para la «cosecha» de los barros es mediatizado por una serie de prácticas sociales y de ofrendas rituales. En este contexto particular podemos afirmar que el alfar tiene una larga historia de significación y resignificación producto de las convenciones culturales vigentes en cada momento socio-histórico en que fue habitado.

En suma, la información arqueológica del oeste tinogasteño da cuenta de la apropiación por parte del Inca de los paisajes sagrados construidos en tiempos previos por las formaciones socio-políticas locales. Esto nos indica que el prestigio religioso de estos lugares formó parte de una tradición local vigente a la llegada del Inca al territorio.

### *El escenario social durante la conquista española: siglos XVI y XVII*

La articulación entre la evidencia arqueológica y la etnohistoria permitió confirmar que al momento de la llegada de los españoles existía un conjunto discreto de asentamientos (Batungasta, Fiambalá, Çabuil y Abaucán) en la región de Fiambalá, junto con otros de menor relevancia, cuyas localizaciones son imprecisas (tucumanahao, sunguingasta/sunguin). Las fuentes dan cuenta de que la cantidad de nativos que tributaban era menor a 100 por unidad/pueblo. Los resultados nos llevan a plantear de forma hipotética que en los actuales pueblos de Saujil y Medanito estaba localizado el “pueblo de indios de Abaucán”; mientras que la encomienda de Fiambalá se emplazaba en el actual pueblo de Anillaco. Además, en el análisis de las fuentes adquirió nuevamente relevancia el río La Troya, ya que fue el delimitador de los espacios en los que se situaban los asentamientos originarios tanto al norte (Sabuil y Abaucán) como al sur (Batungasta y Fiambalá) del río. Consideramos que la asignación de las encomiendas tempranas realizadas en el año 1607 respetó estas dos áreas y mantuvo a los pueblos del norte en una encomienda y a los del sur en otra.

### **Hilvanando el proceso histórico regional**

¿Qué factores contribuyeron o definieron que la gente reprodujera estas prácticas en el tiempo? No estamos aún en condiciones de contestar esta pregunta, pero es posible que el aislamiento producto de la inestabilidad ambiental jugara un papel importante. Consideramos que la repetitividad de las acciones está indicando la existencia de códigos compartidos por grupos que circularon e integraron los ambientes de ambas regiones entre los siglos I y XIII. La gente se asentó y construyó aldeas en los fondos de valle pero mantuvo un alto nivel de movilidad dentro del paisaje regional. Grupos más o menos reducidos de personas se desplazaron por el territorio asentándose en puestos ubicados en precordillera –con recursos aptos para el pastoreo de animales–, cazando en las tierras altas puneñas –donde es llamativa la ausencia de arte rupestre sobre soporte de cualquier tipo– y realizando rogativas en los volcanes de las altas cumbres andinas.

Sin embargo, el uso de todos los espacios no fue continuo en el tiempo debido, en parte, a los avatares de la naturaleza que impusieron restricciones, limitaron la transitabilidad y/o imposibilitaron su habitabilidad, como ocurrió, por ejemplo, en el fondo de valle entre los años 1000 a.D. y 1250 a.D., aproximadamente. Esto provocó el movimiento de los grupos a las tierras altas de la cordillera de San Buenaventura y de la región de Chaschuil. Por lo tanto, el proceso no fue lineal: los procesos de inestabilidad ambiental influyeron en la discontinuidad de la ocupación del espacio, en las dimensiones discretas y dispersas de los asentamientos e incluso en el abandono de extensas zonas del fondo de valle por varias centurias.

El repoblamiento de las tierras bajas ocurrió en algún momento posterior al año 1250 a.D., cuando se recompusieron las condiciones ambientales, y se corresponde con la presencia incaica en la región que, producto de la estrategia de dominación llevada a cabo por el estado con fines diversos (económicos, políticos, religiosos), introdujo nuevos pueblos con prácticas propias.

El inca construyó su legalidad e incorporó las *huacas* locales a su liturgia política-religiosa, es decir se apropió de los lugares sagrados. La incorporación de los espacios sagrados de las sociedades del primer milenio quedó representada en el culto a los volcanes y en el uso del alfar de La Troya. De este modo, el estado Inca asimiló la historia local para elaborar un nuevo discurso a los fines de ordenar una nueva realidad sociopolítica. En suma, la inexistencia de transformaciones sociopolíticas significativas entre los siglos I al XIII conllevó a la reproducción de los modos de vida de las sociedades del primer milenio, y este panorama social recién cambió con el ingreso al territorio de otras poblaciones movilizadas por los incas.

Este escenario social vuelve a alterarse con la conquista española que generó nuevos traslados y despoblamiento regionales. El proceso colonial agrupó a la escasa población nativa en encomiendas y al finalizar el proceso de rebelión la trasladó a otras regiones. Por lo tanto, la principal consecuencia de la derrota sufrida por los nativos que participaron en el gran alzamiento diaguita fue la desnaturalización y su traslado a otras jurisdicciones. Las tierras del oeste tinogasteño quedaron como "*tierras vacas*", es decir "vacías" hasta que fueron nuevamente pobladas por criollos, pero ya en tiempos republicanos.

Para cerrar. El fondo de valle de la región de Fiambalá atravesó entre los siglos I y XVIII por procesos dinámicos de despoblación y repoblación, vinculados básicamente con tres variables:

- a) La inestabilidad ambiental (despoblamiento) aproximadamente entre los años 1000-1250 a.D. con traslado de las poblaciones del primer milenio a las tierras altas.
- b) La intervención incaica (repoblamiento) luego del año 1250 a.D. con el ingreso de nuevas poblaciones que provenían de los valles riojanos del sur y del oriente catamarqueño, principalmente del valle de Belén. El Inca implementó distintas estrategias de interacción tanto con las poblaciones movilizadas como con aquellas locales que habitaban en las tierras del oeste tinogasteño anexadas al imperio.
- c) La conquista y colonización española (traslados y nuevo despoblamiento) la cual produjo que los "pueblos de indios" fueran trasladados por los encomenderos a lugares lejanos, como por ejemplo la provincia de Córdoba. Esta movilización de gentes realizada por los españoles dio como resultado que nuevamente el oeste tinogasteño quedara sin población nativa; situación que se revierte recién en el siglo XIX cuando las tierras fueron repobladas por los criollos.

Solo nos queda por decir que el proceso social, político, económico y religioso que caracterizó al oeste tinogasteño en los últimos 2000 años fue fascinante y complejo. Sin embargo, el modelo de poblamiento presentado es una primera estación en un largo camino que aún nos queda por recorrer. Nuestro viaje continúa con la firme convicción de que el aporte de las distintas líneas de investigación del proyecto y el invaluable aporte de información que nos brindan las comunidades locales nos permitirá aprehender con mayor grado de fineza y certeza la dinámica de los procesos socioculturales de las sociedades del pasado del oeste tinogasteño.

### **Agradecimientos**

A todos aquellos que de una u otra forma han participado y colaborado con el desarrollo del proyecto a lo largo de los 20 años de trabajo. A las instituciones que financiaron los distintos proyectos con subsidios obtenidos por concurso (Universidad Nacional de Catamarca, Universidad de Buenos Aires y la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica).

### **Bibliografía**

Disponible en [www.proyectopacha.com.ar](http://www.proyectopacha.com.ar)

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

### LIBROS

AAVV (2012) *Gramática textual*, Buenos Aires: Ediciones Mallea.

BAJTIN, M. (1982) *Estética de la creación verbal*, México: Siglo Veintiuno editores.

CHEVALLARD, I. (1997) *La transposición didáctica. Del saber sabio al saber enseñado*, Buenos Aires: AIQUE grupo editor.

CIAPUSCIO, G. E I. KUGEL (2002) “Hacia una tipología del discurso especializado: aspectos teóricos y aplicados”, J. García Palacios y M. Teresa Fuentes (eds.) *Entre la terminología, el texto y la traducción*, Salamanca: Almar: 37-73.

HALLIDAY, M. A. K. (1994) *An Introduction to Functional Grammar*, Londres: Edward Arnold Publisher.

KERBRAT-ORECCHIONI, C. (1997) *La enunciación. De la subjetividad en el lenguaje*, Buenos Aires: EDICIAL.

SAGER, J., & D. DUNGWORTH. (1980) *English Special Languages*, Wiesbaden: Oscar Brandstetter Verlag.

SÁNCHEZ UPEGUI, A. A. (2011) *Manual de redacción académica e investigativa: cómo escribir, evaluar y publicar artículos*, Medellín: Fundación Universitaria Católica del Norte.

——— (2012) *Estructuras para textos académico-investigativos: artículos, capítulos y manuscritos*, Medellín: Fundación Universitaria Católica del Norte.

SWALES, J. (1990) *Genre Analysis. English in academic and research settings*, Cambridge: CUP.

## REVISTAS

- CALSAMIGLIA, H. (1997) "Divulgar: itinerarios discursivos del saber. Una necesidad, un problema, un hecho", *Quark* 7: 9-18.
- CASSANY, D. Y CALSAMIGLIA, H. (2001) "Voces y conceptos en la divulgación científica", *Revista Argentina de Lingüística* 11-15: 173-209.
- CIAPUSCIO, G. (1993) "Reformulación textual: el caso de las noticias de divulgación científica", *Revista Argentina de Lingüística* 1-2(9): 69-116.
- CLAPHAM P. (2005) "Publish or Perish", *BioScience* 55: 390-391.
- GARCÍA NEGRONI M. Y A. ESTRADA. (2006) "¿Corrector o corruptor? Saberes y competencias del corrector de estilo", *Páginas de Guardia* 1: 26-40.
- GLÄSER, R. (1993) A Multi-level Model for a Typology of LSP Genres. *Fachsprache. International Journal of LSP*, 15: 18-26.
- GUANTIVA ACOSTA, R., M. CABRÉ CASTELLVÍ Y J. CASTELLÀ LIDON. (2008) "Clasificación de textos especializados a partir de su terminología", *Íkala, revista de lenguaje y cultura*, Vol. 13, N.º 19: 15-39.
- MUÑOZ DAGUA, G. (2010) "El rol de la metáfora léxica en la divulgación de la ciencia", *Tabula Rasa* N.º 13: 273-292.

## MANUSCRITOS INÉDITOS

- CIAPUSCIO, G. (2008) "Géneros y familias de géneros: Aportes para la adquisición de competencia genérica en el ámbito académico". Ponencia presentada en las Primeras Jornadas de la Lectura y la Escritura "Lectura y escritura críticas: perspectivas múltiples". San Miguel de Tucumán, 1, 2 y 3 de agosto de 2007.
- GLÄSER, R. (1982) *The Problem of Style Classification in LSP (ESP)*. Ponencia presentada en el 3rd European Symposium on LSP, Copenhague.

RATTO, N., M. ORGAZ, A. FEELY, M. BASILE, I. LANTOS, L. COLL, J. MIYANO, D. CARNIGLIA Y R. BOIXADÓS (2014) “El Proyecto arqueológico Chaschuil-Abaucán: la comprensión del pasado desde el presente”. Ms.

## RECURSOS ELECTRÓNICOS

MUÑOZ DAGUA, C. (2012) “Leer y escribir textos de divulgación científica: Un camino a la inclusión”. [en línea], [consultado el 14/7/2014].

Disponible en:

[www.http://goo.gl/PRMZlj](http://goo.gl/PRMZlj)